

DOMINGO II DE PASCUA (B)
Homilía del P. Joan Recasens, monje de Montserrat
8 de abril de 2018
Hch 4, 32-35 / 1Jn 5, 1-6 / Jn 20, 19-31

Estimados hermanos y hermanas,

Celebramos hoy el segundo domingo después de Pascua y los textos de la misa nos presentan las primeras apariciones de Jesús a sus discípulos después de la resurrección y también los inicios de las primeras comunidades cristianas con su nueva manera de vivir el cristianismo.

Después de la crucifixión de Jesús, los discípulos tuvieron que afrontar muchas pruebas. La primera y la más importante era, que ya no tendrían nunca más entre ellos al Maestro, y que el suplicio de la cruz que había tenido que sufrir era realmente para todos ellos un verdadero escándalo, de hecho, la cruz no tenía nada de glorioso, todo lo contrario, era un sufrimiento en el que el Señor sufrió una pasión dolorosísima y una muerte ignominiosa. La sepultura de su cuerpo muerto y lleno de llagas parecía ser un fracaso de todo lo que habían vivido, esperado y creído del Maestro.

El miedo a todo lo que desde ahora les pudiera suceder hizo que asustados y temerosos se reunieran en un lugar apartado por miedo a los judíos. En medio de la tristeza y del temor y con las puertas de la casa bien cerradas, ocurre un hecho extraordinario e inimaginable, se les presenta el mismo Señor resucitado y lo primero que les dice es: Paz a vosotros. El asombro y la alegría de todos los que se encontraban en la casa fueron inmensos. Pero a ellos les resultaba difícil creer que fuera realmente su Señor resucitado y es por eso que para convencerlos les enseñó las manos y el costado. Ya no hay duda, era él mismo y aceptan el hecho ante la evidencia. Jesús les vuelve a decir: Paz a vosotros, como el Padre me envió a mí, ahora yo os envío a continuar mi obra de redención. Recibid el Espíritu Santo para poder perdonar los pecados a todos aquellos que creerán en la Buena Nueva.

Cuando se apareció Jesús por primera vez a sus discípulos, el apóstol Tomás no estaba en casa con todos los demás y no quiso creer nada de lo que le contaron de la aparición del Señor. De hecho, si no lo veía con sus propios ojos y no lo palpaba con sus manos no lo creería.

Ocho días después se presenta de nuevo Jesús y dirigiéndose a Tomás le dice: trae tu dedo, aquí tienes mis manos y ponme la mano en el costado. Ante este hecho Tomás se rinde y desde el fondo de su corazón, tal vez sin saber muy bien lo que decía, le dijo a Jesús: Señor mío y Dios mío. Pero Jesús lo reprende diciéndole: ¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto.

Estas apariciones del Señor resucitado no dejarán lugar a dudas; con todo, Jesús respetará siempre la libertad del hombre de creer o no creer. A nosotros el hecho de la resurrección nos llega por medio de los testigos directos y el proceso no será ver y palpar para creer sino que será el de oír y dar fe a lo que se nos ha dicho. La fe será siempre un acto libre de la voluntad ya que no se cree por razones sino que se tienen razones para creer.

A partir de la resurrección de Cristo comenzó la iglesia en el mundo. Como hemos visto en las lecturas de la misa, las primeras comunidades de creyentes se tomaron muy en serio la misión que Jesús les había encomendado y vivían una vida llevando a

la práctica los preceptos del Señor basados en la fe, la esperanza y la caridad y todos eran fieles a la fracción del pan.

Hoy constatamos lo contrario de lo que ocurría en las primeras comunidades cristianas que crecían en número, nuestras asambleas parece que disminuyen y que las dudas y las deserciones aumentan, más que nunca tenemos que procurar ser testigos con nuestras vidas y nuestro comportamiento, para demostrar que a pesar de las muchas dificultades que nos rodean, creemos firmemente que el Señor está entre nosotros y que como dijo aquella noche a los apóstoles, nos dice también ahora a nosotros: Paz a vosotros, como el Padre me ha enviado, así también yo os envío.

Llenos de su espíritu y ayudados con su gracia, tratamos de ser portadores de paz y de esperanza en este nuestro mundo tan falto de fe y de amor y será tal vez así como el mensaje de Pascua se podrá hacer realidad para todos aquellos que buscan, esperan y desean un mundo más justo y más prometedor y libre de juicios injustos contra personas inocentes, donde reine plenamente el mensaje de Cristo resucitado. Que así sea.